



Editorial Universidad de Antioquia

La gestión de sí mismo

Ética y subjetivación en el neoliberalismo

Mauricio Bedoya Hernández



Ciencias Sociales / Interés General

La gestión de sí mismo

— Ética y subjetivación en el neoliberalismo

La gestión de sí mismo

— Ética y subjetivación en el neoliberalismo

Mauricio Bedoya Hernández

Ciencias Sociales / Interés General
Editorial Universidad de Antioquia®

Colección *Ciencias Sociales / Interés General*

© Mauricio Bedoya Hernández

© Editorial Universidad de Antioquia®

ISBN: 978-958-714-810-7

ISBNe: 978-958-714-811-4

Primera edición: marzo del 2018

Motivo de cubierta: Ernst Barlach, *El fugitivo* (1920-1925). Madera de roble,

54 x 57 x 20,5 cm. Museo de Arte Municipal, Zúrich

Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®

(574) 219 50 10

editorial@udea.edu.co

<http://editorial.udea.edu.co>

Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia

(574) 219 53 30

imprenta@udea.edu.co

Bedoya Hernández, Mauricio

La gestión de sí mismo. Ética y subjetivación en el neoliberalismo

/ Mauricio Bedoya Hernández. -- Medellín: Editorial Universidad de

Antioquia; 2018.

xxiv, 356 páginas. -- (Colección Ciencias Sociales / Interés General)

ISBN: 978-958-714-810-7

ISBNe: 978-958-714-811-4 (versión electrónica)

1. Neoliberalismo – Aspectos éticos y morales. 2. Subjetividad. 3.

Psicoterapia. 4. Neoliberalismo – Aspectos psicológicos. 5. Neoliberalismo

– Aspectos sociales. 6. Sujeto (Filosofía). I. Título. II. Serie

LC BF575.H27

302.5-dc23

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

3.

La normalización por el mercado. Aplanamiento, cálculo y gestión positiva de la anormalidad

La capitalización de la vida

La administración de la vida en general y de la emocionalidad en particular se mantiene en la contemporaneidad, aunque no de la misma forma que en el liberalismo. Dentro del gobierno liberal esta gestión se hacía como efecto de una urgencia producida por la idea de la vida como un conjunto de procesos dinámicos y, por ello mismo, inciertos, riesgosos y peligrosos. Gobernar se constituía en una práctica que buscaba regular y controlar la vida para que el mercado y el intercambio pudieran fluir naturalmente. Por ello, era el Estado el encargado de realizar tales regulaciones de los aspectos vitales de la población. Una de las transformaciones más decisivas del neoliberalismo es que no se gestiona la vida para que fluya el mercado, sino que la vida misma es mercantilizada, capitalizada. Rose (2001) plantea que esta capitalización de la vida se organiza alrededor de tres esferas: los tratamientos médicos, la verdad y el soma.

En primer lugar, en la actualidad los tratamientos médicos son prácticamente conducidos por las compañías farmacéuticas. Resulta interesante ver de qué manera la tecnología farmacológica se ha

ocupado de medicalizar condiciones humanas crónicas. Es decir, se ha asegurado de que amplias masas de población controlen males-tares cotidianos, asociados, por ejemplo, a cambios en el ciclo vital, consumiendo medicamentos. El interesante punto de Rose es que la inserción del medicamento en la rutina de consumo de la población está reescribiendo la vida. La relación entre normalidad y patología parece borrarse como consecuencia de la medicalización de la vida en general. La lógica médica hasta hace un tiempo operaba mediante tres pasos: la identificación de la anormalidad (patología, eventualmente) por parte de los saberes autorizados para ello (la medicina, la psiquiatría, la psicología, la fisiología, etc.), la prescripción de un tratamiento (que incluye los fármacos) y la evaluación de resultados en cada enfermo. Esto se ha modificado puesto que estamos ante lo que podríamos llamar la ampliación de las redes de la patología, la cual es realizada por las compañías farmacéuticas que confiscan saberes específicos para sus fines comerciales (la biomedicina, la biotecnología, la psiquiatría, etc.). Hoy el mercado es el que define aquello que merece ser medicado. Su interés no es promover regímenes independientes de veridicción y prescripción sobre lo humano, sino hacer uso de esos saberes para guiar farmacológicamente la vida. La captura del saber médico se hace bajo premisas aparentemente neutrales y se realiza utilizando los anhelos humanos de salud, vitalidad, inmortalidad, larga duración y felicidad. Un aspecto no abordado por este autor es que el gobierno medicamentoso de la vida, efectuado por las empresas farmacéuticas, ha construido públicos, sectores de población que se organizan como ligas de usuarios, como sujetos con enfermedades específicas, grupos de apoyo, grupos de presión hacia los Estados para que regulen el acceso a los fármacos de punta. La vida toda se ha tornado en nicho de mercado farmacológico.

En segundo lugar, la capitalización de verdad. La labor investigativa en lo que a la vida se refiere tiene hoy un carácter marcadamente privado. Con las presiones que estas entidades ejercen sobre los investigadores, es comprensible que, como lo dice Rose (2001, 2012), el laboratorio se haya convertido en una fábrica para la producción de verdades, lo que tiene como efecto que la clásica distinción entre ciencia básica y aplicada pierda su valor. Aquí nos

encontramos con el hecho de que es verdad lo que puede someterse al régimen de capitalización y mercadeo. No pretendemos reducir el ámbito de la verdad, ni demeritar los esfuerzos de los científicos por hallar la verdad sobre lo humano. Pero no puede esconderse el hecho de que estos sistemas veridiccionales son construidos, revalidados, desechados y reelaborados en los laboratorios (biológicos, biotecnológicos, psiquiátricos, psicológicos, etc.). También es verdad que esos laboratorios son financiados por los Estados y por entidades con ánimo de lucro con intereses comerciales declarados. Acudimos a una suerte de *politización de la verdad*, pues los regímenes veridiccionales, por un lado, ocupan un lugar estratégico en las dinámicas de poder contemporáneas y, por otro lado, esos sistemas de saber producen subjetividades. Así que la verdad no puede pensarse como una construcción neutra, sin influjos externos, libre de las presiones del mercado, de los grupos profesionales, de las políticas de los Estados, de las aspiraciones a la salud de la población, las empresas de seguros.

Y, finalmente, la capitalización del soma. Los órganos, tejidos y células se han convertido en un nuevo nicho de mercado en la sociedad contemporánea, a la zaga del impacto que el genoma humano ha tenido. Como lo sostiene Rose (2001, 2012), los capitalistas del riesgo y las empresas de tecnología genética (y, agregaríamos nosotros, amplios sectores profesionales y científicos del campo de la saberes psi y médicos) se han encargado del floreciente campo del mercado del soma, de la intervención genética del cuerpo, de los perfiles de ADN, etc. La urgencia de producir ganancias económicas alrededor de la vitalidad y del conocimiento instrumental del cuerpo humano es lo que Waldbry (2000) ha denominado *biovalor*. La salud, los estilos de vida, la reproducción, la productividad en general son objetos que generan biovalor. Como lo indicaremos más adelante, aspectos que antes eran problemáticos, como la anormalidad, hoy son gestionados positivamente por el mercado. Hoy la biotecnología ocupa un lugar de privilegio en la gestión de la vitalidad: manejarla, defenderla, mejorarla y producirla mediante conocimientos y técnicas específicos. Esto resulta ser toda una biopolítica contemporánea. Nosotros pensamos que en el momento en que la racionalidad económica cruza las dinámicas científicas

resulta que “lo vendible” comienza a definir las vías y contenidos de la verdad, de la normalidad, de lo esperable y aceptable, de lo deseable socialmente.

Rose (2012) muestra cómo ha habido un cambio sustancial en la biopolítica contemporánea. Para él las modificaciones se pueden apreciar en cinco líneas: molecularización, optimización, subjetivación, conocimiento somático especializado y economías de la vitalidad.

La *molecularización* alude a que la biomedicina hoy piensa la vida como un conjunto de entidades moleculares reconocibles, aislables, móviles, recombinables a través de prácticas ya no limitadas por un orden vital natural. Con la *optimización*, Rose se refiere a que las biotecnologías actúan en el presente para prometer un mejor vivir para quienes las usan. Por su parte, el cambio biopolítico en los modos de *subjetivación* se refiere al surgimiento de nuevas ideas respecto de la “ciudadanía biológica”, la cual le da un lugar central a la existencia corporal como base de toda relación posible consigo mismo, con los otros y con las autoridades biomédicas. Toda una ética somática, dice Rose, está tomando lugar en el presente. La consecuencia de esto es el florecimiento de un *conocimiento somático especializado*. Genetistas, terapeutas de células madre, especialistas en medicina reproductiva ejercen formas de gerenciamiento de nuestra existencia somática. Alrededor de estos expertos aparecen nuevos especialistas en pastorado que aconsejan y apoyan a las personas para que resuelvan los dilemas personales, médicos y éticos a los que se ven enfrentados. También se ha elaborado un nuevo campo de conocimiento especializado: la bioética. Finalmente, las *economías de vitalidad*. Movidas por la búsqueda de biovalor, han surgido nuevas verdades sobre la cura y las condiciones de vida óptimas: “se ha delineado un nuevo espacio económico —la bioeconomía— y una nueva forma de capital, el biocapital” (Rose, 2012, p. 31).

Una novedad de la biopolítica de hoy es que ha aumentado la capacidad para modificar nuestra vitalidad y nuestro soma. La bioingeniería y las biociencias se constituyen en las nuevas autoridades científicas. La vida se puede hacer, programar, conducir y alterar molecularmente; es decir, la vida se puede calcular incluso

antes de que exista, lo cual tiene profundos efectos sobre el gobierno de las personas. Se ha instaurado toda una “política de ‘la vida en sí’” (Rose, 2012, p. 25). Hoy el individuo es gobernado, en cuanto se siente yo-biológico, bajo nuevas formas de autoridad y de conocimiento especializado. En este circuito de gobierno se organiza la nueva biopolítica (bioeconomía, según Rose) y el individuo construye una nueva ética que toma como una “política vital molecular” (Rose, 2012, p. 27).

He aquí toda una visión del problema de la subjetivación. Cuando los individuos se van conformando alrededor de estas nuevas formas de gestionar su vida se están subjetivando. Lo que se encuentra en la base de esta capitalización de la vida es el gobierno mediante la constitución de nuevas formas de relación del sujeto consigo mismo, con su cuerpo, con su pasado, presente y futuro y con el conocimiento de sí mismo. En otras palabras, lo que se pone en juego en esa nueva biopolítica es la constitución ética del sujeto. Y consideramos, entonces, que la clave está en el problema de la gestión. Observamos cómo el neoliberalismo usufructúa el problema de las capacidades del individuo, en la medida en que esta racionalidad ha prometido el despliegue total de tales capacidades subjetivas. De acuerdo con esto, postulamos que la instauración de una política de la vida no está en el problema de la salud y la enfermedad, sino en el de las capacidades y el bienestar del individuo. En otras palabras, la biopolítica contemporánea le ofrece al sujeto la promesa de bienestar constante.

Por tanto, allí donde Rose (2012) plantea que la salud se ha tornado el valor más importante del mundo contemporáneo como efecto de la mercantilización de la vida, nosotros señalamos que a la base del deseo de salud está la promesa del bienestar que la racionalidad del mercado de la vitalidad le ofrece a sus públicos. Las biociencias, la biotecnología (y demás saberes sobre la vida) y las tecnologías de la vitalidad se ocupan cada vez más del bienestar. Es que en el ámbito de la racionalidad del consumo y el empresarismo de sí el sujeto no necesita estar enfermo o querer verse saludable, sino sentirse bien, desplegar *ad infinitum* todas sus capacidades. Estamos en la lógica contemporánea del bienestar en la cual todos somos susceptibles de volvernos consumidores, pues cada vez hay

más productos para todos. Es una práctica de inclusión desde el consumo y el mercado, donde la enfermedad no es el límite. El límite lo impone el bienestar.

Si bien Rose declara que el liberalismo avanzado funciona más desde la lógica de la corrección de la normalización, diferimos de su postura, puesto que las nuevas tecnologías de la vida, deliberadamente o no, terminan produciendo la vida y, en este proceso, define normas sobre lo apreciable y deseable. La biotecnología, con sus productos, es un instrumento que capitaliza nichos de consumo y los hace comerciales. Ella misma, y su sistema de verdades, está sometida a la lógica del mercado. Entonces, nos anoticiamos de la existencia de toda una producción de verdades y, por lo tanto, normalidades por la vía de la mercantilización de la vida. De esta forma, lo normal, lo apreciable, lo adecuado, en este contexto, es lo que dice el mercado y, en última instancia, el cliente. Esto cimenta nuevas lógicas en la vida política contemporánea y, en consecuencia, nuevas formas de normalización.

Sin embargo, no solamente la biotecnología se encuentra en el ramillete de nuevos saberes y autoridades del gobierno de la vida. La biomedicina y las ciencias de la vida (incluidas las psicociencias) se han convertido en influyentes constructoras de saber, y por lo tanto de normalidad, en ese complejo arreglo de la gubernamentalidad de vida. Bien podríamos afirmar que la *bio-tecnología* y, como lo estaremos abordando en los capítulos finales de este texto, las *tecnologías de ayuda psi* se constituyen en parte esencial en este proceso de gobierno. En este arreglo, aquellos saberes y estas tecnologías forman alianzas con el propósito de maximizar el biovalor. Específicamente, en el caso de las biotecnologías, un camino es la identificación de nuevos nichos de mercado en la vida misma. Aquí la estrategia es, como dice Rose, hallar nuevos errores genéticos y neuroquímicos. Pero otra ruta, no mencionada por Rose, es el *diseño de individuos*. Como en los filmes futuristas de los últimos años, a las familias contemporáneas se les ha dado la esperanza de poder definir las características de los hijos que quieren tener. La promesa es que la biotecnología consiga realizar esa esperanza.

Con esto, proponemos una cuarta esfera de la capitalización de la vida, además de las ya reconocidas por Rose: la *quirúrgica de*

la vida. Por un lado, la biogenética nos ha mostrado cómo es posible planificar el cuerpo, cómo hacer un diseño de los hijos. Por otro lado, la medicina estética nos ha revelado la manera de transformar ese cuerpo cuando el propio sujeto se siente inconforme con él; asistimos al ejercicio de la remodelación corporal de sí que se hace bajo una promesa encubierta: la remodelación de sí. Es decir, el mercado de la transformación quirúrgica del soma se hace bajo la ilusión de que tener un “mejor” cuerpo hace que el sujeto construya una relación diferente (¡y “mejor”!) consigo mismo. De hecho, se ha estructurado toda dinámica comercial de medicina estética en el mundo. Adicionalmente, cada vez es más expansivo el denominado turismo de salud y, dentro de este, se evidencia un incremento de la oferta en medicina estética (Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, 2009). Finalmente, el trabajo quirúrgico sobre el cuerpo con el propósito no tanto médico (como tratamiento de enfermedades), ni estético (para tener una mejor apariencia física), ni genético (el diseño de los sujetos por nacer), sino agonístico (el incremento de las potencialidades para ser más competitivo en un mundo que exige cada vez más habilidades, destrezas y capacidades para ser exitoso) ha comenzado a tomar vuelo. Intervenciones de diverso tipo (medicamentosas, gimnásticas, pedagógicas y demás) hoy se convierten en ofertas de mercado cada vez más usadas con el fin de mejorar la condición subjetiva para la competencia (incremento de la atención, control emocional, resistencia al trabajo, locuacidad, etc.).

Existe una quinta esfera de capitalización de la vida, a saber, la vida psi. En las sociedades disciplinarias, el cuerpo es cruzado para constituirlo dócil y productivo en cada uno de sus resquicios y partes. Esta operación requiere sujetos corporales que no sean muy reflexivos de sí, que no interroguen la norma que los configura. Una suerte de supercuerpo sin mente. Durante el siglo xx todo un mercado psi se ha erigido paralelamente con la consolidación de saberes psi (psicoanálisis, psiquiatría, psicología). En la contemporaneidad somos testigos de una vertiginosa estimulación de todas las esferas del yo: cuerpo, emociones, sus cogniciones, sensaciones, deseos, anhelos, sentimientos, etc. Presenciamos una suerte de ebullición de sí. Eva Illouz (2007, 2010) muestra la manera como el discurso psi y, particularmente, el discurso terapéutico invadieron

la cultura estadounidense durante el siglo pasado, configurándose toda una práctica de la necesidad psicoterapéutica y de la autoayuda. Si a esto le sumamos la aparición, también en los Estados Unidos, de la teoría del capital humano, entonces tenemos los componentes básicos que soportan la capitalización del mundo psicológico. La asistencia a terapia psicológica, las prácticas de autoayuda, la producción de manuales y recetarios del buen vivir psicológico, el fortalecimiento de los grupos profesionales psi, la aparición cada vez más rápida de nuevas nosologías mentales, la proliferación psicofarmacológica, entre muchos otros, tienen en la actualidad un matiz marcadamente mercantil. Rose (2012), por su parte, reconoce que tanto el mercado como la racionalidad económica hacen este uso de esta proliferación del mundo psi: por una parte, la carga económica que representa el hecho de que los trastornos mentales no sean diagnosticados (o que no lo hagan a tiempo). Señala que es menos onerosa para los Estados y para los empresarios la detección temprana de enfermedades psi. Por otra parte, consecuencia de lo anterior, esta detección precoz se convierte en posibilidad invaluable de venta y consumo de productos para el tratamiento de estas patologías. Finalmente, y mostrando con ello que la lógica del mercado de la vida y del mercado psi específicamente abarca toda la experiencia del individuo en la sociedad, aun cuando no se dé un diagnóstico temprano de las patologías mentales el mercado de lo psi es activado (especialistas psi, psicofármacos, entidades de salud, etc.). Todo aquello que sea “tratable” por medio de fármacos atrae a la industria médica. Alrededor de lo tratable se generan fuertes dinámicas y sistemas de verdad. Y vemos, por esta vía, cómo la verdad se convierte en una práctica productiva estratégica.

Como se sabe, la política neoliberal de adelgazamiento del Estado se ha encontrado de frente con el creciente robustecimiento de las tecnologías de la salud y la vida, las cuales, ofrecidas por los privados, tienen fines de lucro y, por lo tanto, unas monumentales posibilidades de desarrollo y financiación. El Estado ha cedido en gran medida el gobierno de la vida cotidiana al mercado y a las instituciones privadas. En este contexto, ¿quién impone los criterios de lo normal y lo anormal, de lo apreciable y lo desdeñable cuando de lo humano estamos hablando? El mercado, las organizacio-

nes profesionales, los comités bioéticos, las instituciones privadas que ofrecen servicios vitales (salud, reproducción, envejecimiento, muerte, etc.). El gobierno de la vida de la población se está modificando. El mercado crea públicos derivados de los nichos de mercado; los hace proliferar al prometer responder a cada necesidad de cualquier sujeto y todos los colectivos. La pregunta que surge se refiere a cuál es el coste para el usuario de esas nuevas formas de administración de la vida. El sujeto, que se ha convertido en cliente, tiende a asumir cada día más el valor de la gestión de su propia vida. El valor lo paga la gente, pues, como lo dice Rose (2012), toda una bioeconomía ha hecho su emergencia desde la segunda mitad del siglo xx y se ha consolidado hasta nuestros días.

Uno de los aspectos definitivos aquí es el problema de la verdad, como ya lo habíamos anticipado. La manera como los fondos privados, muchos de ellos que cotizan en las bolsas de valores de todo el planeta, tienen un papel más decisivo en la financiación de la investigación “bio” influye contundentemente en la generación de verdades biológicas en general y biomédicas en particular; hace que se produzca la verdad de cierta manera y que la relación que se propone entre el público y esas verdades tenga ciertas especificidades. La biopolítica deviene bioeconomía. Esta es una de las tesis más importantes de Rose.

Así visto el panorama, nuestra tesis es que hoy somos normalizados por el mercado. En el sujeto disciplinario, el del cuerpo dócil a la norma y fuerte para la producción, aún había un gran remanente estimulador de la resistencia en la medida en que la norma tenía un estatuto de existencia externalista que, estratégicamente, tendía a naturalizarse (Hernández, 2013).¹ El sujeto era gobernado por la norma que lo clasificaba, lo distribuía y lo hacía temer estar del lado de lo-otro. En la biopolítica liberal el sujeto era gobernado por el promedio (Muhle, 2009), por el índice medio, “equivalente objetivo y científicamente válido del concepto de normal o de norma”, como lo señala Andrea Torrano en “Canguilhem y Foucault.

1 En Guillaume Le Blanc hallamos un amplio acercamiento al problema del “remanente subjetivo” como productor de posibles y, por lo tanto, de resistencias a la normalización. Ver *Las enfermedades del hombre normal* (2010).

De la norma biológica a la norma política” (2013, p. 128). La norma seguía teniendo un papel predominante en la conducción de la población y de los sujetos en ella. Pero esa norma ya no se ofrece como punto de partida, como exterioridad impuesta al sujeto. La norma biopolítica se construye a partir de múltiples curvas de normalidad, las cuales, a su vez, son curvas de anormalidad, como lo señala Foucault (2006). La norma es un emergente, una inmanencia propia de la administración del riesgo, la peligrosidad y la incertidumbre.² Por el contrario, en la gubernamentalidad contemporánea la norma la dicta el mercado.³

¿Qué significa ser hombre normal bajo la lógica de la racionalidad de gobierno que el neoliberalismo busca promover? ¿Podemos, entonces, hablar de hombre normalizado en el neoliberalismo? Nuestra opinión es que ser gobernados por el mercado requiere una *estrategia de naturalización*, por parte del sujeto, del valor de la competencia y de las normas que de este se desprenden. Esa inscripción en la lógica del mercado se hace bajo la suposición de que para tener una óptima salud, educación, información, vida reproductiva, etc., es “natural” pagar por una póliza de salud, estudiar en instituciones privadas, tener un seguro para todos los aspectos riesgosos de la vida, visitar al genetista, pagar televisión por cable, etc. Y aún más, muchos Estados siguen ofreciendo servicios de salud, educación y demás, pero no son ya Estados de bienestar, sino empresariales. Los criterios mercantiles con los que ofrecen sus servicios y con los que administran a su personal (empleados públicos) son eminentemente empresariales. Hoy el Estado es una

2 En lo relativo al lugar de la norma, lo normal y la normalización en el gobierno de los individuos y las poblaciones y del paso de la anatomopolítica a la biopolítica (que sitúa el riesgo, la peligrosidad y la incertidumbre en el centro de los afanes de gobierno), leer en Foucault *Defender la sociedad* (2000b), *Seguridad, territorio, población* (2006) y *Nacimiento de la biopolítica* (2007). Además, pueden leerse Ewald, “Un poder sin afuera” (1999), y Torrano, “Canguilhem y Foucault. De la norma biológica a la norma política” (2013).

3 Según Byung-Chul Han, en *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder* (2014), hemos pasado de la sociedad disciplinaria, en la que el deber subjetivaba, a la lógica del rendimiento de sí, en la que prevalece la libertad del *poder hacer* que termina coaccionando al sujeto mismo, quien, ante la ausencia de amo (pues, es su propia empresa), termina explotándose a sí mismo y deviniendo *esclavo absoluto*.

empresa. Sin embargo, tiende a deshacerse de estas actividades. Incluso, frente al problema del empleo, el Estado deviene práctica de mercado y empresa generadora de empleabilidad (cada vez genera menos empleo, pero tiene expertos en empleabilidad de la población).

El sujeto ideal para el neoliberalismo “es aquel que implementa las reglas de la competencia y la rentabilidad en su vida, es decir, una suerte de empresario de sí mismo, que vela por sus intereses y por su expansión” (Ávila, 2010, p. 65). Entonces, ser hombre normal hoy supone que el individuo debe constituirse como gestor empresarial de sí mismo, que vive la vida, el cuerpo, las emociones y las capacidades como el capital con el que cuenta. La racionalidad neoliberal ha hecho explícito el discurso de que la existencia subjetiva es un derivado de la norma del rendimiento de la propia vida. Esta naturalización de la norma del rendimiento y la competencia que el mercado neoliberal ha realizado no puede ser tomada tan ligeramente, pues nos introduce en unos discursos que defienden la trascendentalidad de la norma. Tal como lo dice Hernández (2013), la naturalización de la norma que se ha legitimado espuriamente adquiere “su mayor poder de coacción y su máxima estabilidad porque ha logrado disimular su carácter contingente e histórico, y por lo tanto, se ha colocado al margen de la lucha política, es decir, se ha naturalizado” (p. 101). Un claro ejemplo de esto, aparte de las normas neoliberales ya nombradas, es lo que denominamos aquí las *tecnologías para el cálculo de la subjetividad* (como los test). Ellas se estructuran alrededor de una clara idea de normalidad del sujeto y buscan legitimar lo normativo a través de la creación de instrumentos, la generación de criterios, reactivos, medida, patrones, escalas, etc., y así universalizan determinados sistemas normativos. Pero estas tecnologías no surgen *ex nihilo*, sino que emergen de ciertos *regímenes de verdad* que se ofrecen como evidencia científico/conceptual que demuestra la naturalidad de las normas sociales (que quieren mostrarse como leyes naturales sobre lo humano). Esas tecnologías también requieren *autoridades expertas* que realicen esfuerzos por argumentar la naturalización de una norma social. Sin embargo, la normatividad, tal y como es pensada por Canguilhem (1981), es una inmanencia de la propia vida; lo mismo puede decirse de la

norma. En el caso de las normas sociales, estas emergen del acontecimiento social de la vida y se legitiman de manera privilegiada en las nuevas ciencias de la vida y en autoridades de una aparición reciente.

En la biopolítica contemporánea se presenta una aparente paradoja. Rose (2012) ha sostenido que hacemos parte de una época en la que la biología ya no es el límite, puesto que la genética y las biotecnologías nos han mostrado que hasta la vitalidad puede diseñarse y rediseñarse. Pareciera que dada la molecularización de la vida, producto de los avances en las biociencias, ya no puede hablarse de orden vital natural. Este autor ha mostrado que la vida se da en un nivel molecular manipulable y que, en consecuencia, no puede sostenerse la idea de una normatividad vital primaria, sustancial y trascendental. Pareciera, entonces, no existir las normas estables, pues las consideraciones sobre lo normal están sometidas a una alta variabilidad, aun en los aspectos asociados a la especie como la reproducción, la natalidad, la longevidad, la muerte, etc. De la misma forma, pareciera que la norma contemporánea es tan dinámica como lo es el mercado. Ante esta aparente evidencia, nuestra tesis es que si bien la norma viabilizada a través del consumo se mueve constantemente, las normas del rendimiento, la competitividad y la realización afanosa de todo deseo permanecen incólumes en el neoliberalismo. Hoy la norma para el sujeto es hacerse gestor de su propia vida. Es decir, la normalidad del sujeto contemporáneo se mide por su capacidad para hacerse cargo de sí mismo y demandar del Estado no tanto los servicios sino el acceso equitativo a ellos.

Que las normas del consumo cambien continuamente puede entenderse más claramente al reconocer que el mercado es el que dicta la norma en el sentido de la “moda”; y esta cambia paralelamente con las transformaciones de las lógicas del capital y la disponibilidad financiera, con la existencia de productos en bodega, la volatilidad de los mercados, los gustos de las personas, el influjo de los medios de comunicación, entre muchos otros factores. Mientras las normas del consumo tienen una existencia contingente, efímera y mutante, las normas de gobierno neoliberal se mantienen estables, configurando subjetividades, formas de vida y, en último término, existencias éticas específicas.